



Pujada al puig Tomir

Paraje natural de la Serra de Tramuntana



**Govern
de les Illes Balears**



Obra Social "la Caixa"

CASTELLANO

Pujada al puig Tomir

Paraje natural de la Serra de Tramuntana

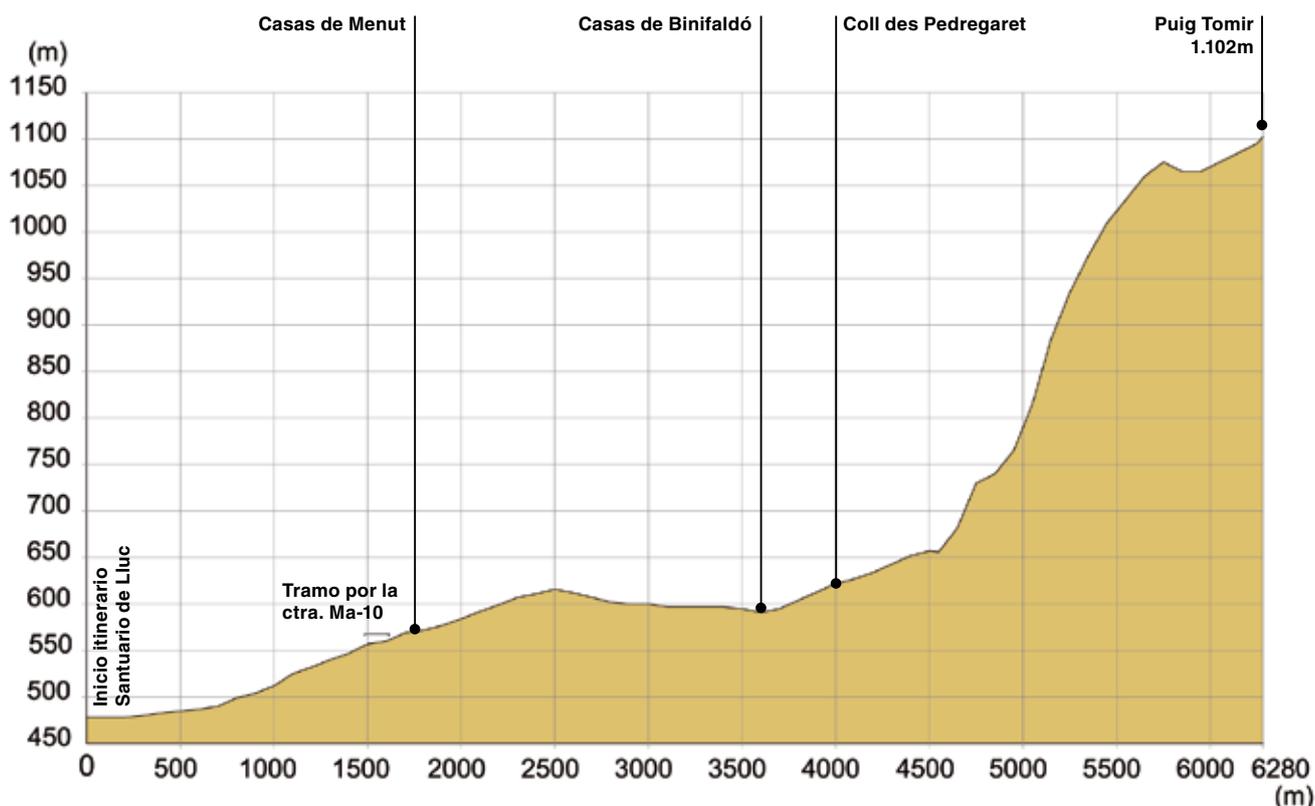
El ascenso al Puig Tomir está señalizado como “Es Puig Tomir”. Con la subida hasta los 1.103 metros del puig Tomir (Escorca) comprobaremos el relieve escarpado de nuestras montañas. Canchales, acantilados, vestigios de la época de recolección de nieve para hacer hielo, pequeños arbustos espinosos de forma almohadillada, buitres, halcones, magníficas vistas ..., hacen de esta ruta una de las más emblemáticas del Paraje natural de la Serra de Tramuntana.

Dificultad: muy alta

Recorrido aproximado: 6,2 kilómetros (sólo ida)

Duración: unas 3 horas sin paradas (sólo ida)

La subida tiene una fuerte pendiente. Hay que estar en buena forma física, ir bien calzado y llevar agua. Seguid siempre las señales. Si hay riesgo de niebla, no os aventuréis, ya que en estos lugares es muy fácil perder la orientación.



1. Descripción del itinerario

Llegada al Coll des Pedregaret

Paseamos por los porches del Santuario de Lluç hasta que encontramos un portal con una arcada bajo la que pasamos. Empezamos nuestra ruta por el camino asfaltado con el torrente a mano izquierda. Unos pocos metros más adelante nos desviamos hacia la izquierda hasta llegar a un campo de fútbol. Dejamos a la izquierda un puentecito de madera y seguimos por el antiguo camino Real, que unía Lluç con Pollença. Caminamos durante un rato hasta que salimos a la carretera Ma - 10 (Andratx - Pollença) y con precaución vamos hacia la izquierda durante unos 120 metros hasta que encontramos los carteles de bienvenida de las fincas públicas de Menut y Binifaldó. Una vez dentro de la finca, recorreremos el camino asfaltado entre encinas y rocallas, llegamos a las casas de Menut, las dejamos a la derecha y continuamos hasta llegar al centro de educación ambiental de Binifaldó. Lo dejamos a mano izquierda y sin abandonar el camino, una vez pasadas dos curvas marcadas llegamos al collado llamado Coll des Pedregaret. Al acabar el asfalto giramos a la izquierda siguiendo un sendero que está señalizado.

Desde el Coll des Pedregaret hasta la cima

El sendero bordea una pared con rejilla hasta que llega a un punto desde donde se ve un impresionante canchal. Entonces giramos hacia la derecha y ganamos rápidamente altitud por un camino que serpentea entre los últimos pinos y encinas.

Cuando el camino sale del bosque asciende con una fuerte pendiente y siempre con el canchal presente a la izquierda. La ruta lo atraviesa por su parte más alta. Tenemos que seguir siempre las marcas de pintura roja y los hitos de piedra, que nos conducirán a un collado donde se ha instalado un cable metálico que sirve como pasamanos y que nos facilitará el paso.



Vistas desde la cima (Foto: Gràcia Salas)



Paso por dónde hay que trepar
(Foto: Gràcia Salas)

Seguimos el trazado de otro canchal estrecho y empinado. Llegamos a un lugar que parece cerrado por las rocas. La única alternativa es trepar por ellas con la ayuda de unas asas metálicas.

Después de este paso, seguimos la cresta y el recorrido marcado por los hitos de piedra nos conducirá hasta la cima.

2. Cambios de la vegetación con la altura

Podemos comprobar como las condiciones climáticas cambian poco a poco desde la base hasta la cima del monte, donde las temperaturas son más bajas, nieva con frecuencia y los vientos pueden ser más fuertes. La vegetación refleja estos cambios.

Las plantas de lugares secos y cálidos las encontramos en la base de las montañas, y las que son de ambientes fríos y húmedos están en las partes altas. De manera esquemática, en las montañas se pueden diferenciar tres pisos o comunidades que caracterizan esta heterogeneidad climática: el piso de los acebuches y pinares, el piso de los encinares y el piso culminar con formaciones almohadilladas espinosas típicas de las formaciones xeroacánticas. A medida que subimos, el bosque desaparece, dada la imposibilidad de constituir masas forestales densas en lugares con relieves abruptos, suelo escaso y fuertes vientos.

La subida es una buena ocasión para ver sobre el terreno la transición del pinar-encinar a la vegetación de alta montaña. Al salir del bosque, podemos oler el fuerte aroma de las hojas alargadas de una planta llamada popularmente brutònica (*Teucrium asiaticum*), que, a pesar de su nombre científico, es un endemismo de Mallorca y Menorca.

Y en otoño, entre las grietas de las rocas, veréis las flores blancas con líneas violáceas del azafrán salvaje (*Crocus cambessedesii*) también endémica de Mallorca y Menorca.

3. Algunas aves de la zona



Buitre (Foto: Sebastià Torrens)

de los ochenta, la población de esta ave estaba constituida únicamente por poco más de una veintena de ejemplares. Uno de los motivos de la reducción del número de buitres es el uso del veneno en el campo para eliminar las alimañas. Esta es una práctica ilegal y muy peligrosa para la conservación de la fauna. Actualmente, el uso del veneno está tipificado como delito en el Código penal, y aún así se continúa usando de manera ilegal. El veneno, una vez que está en el medio, entra en la cadena alimentaria y puede afectar al resto de especies. Para recuperar la población de buitres, se puso en marcha un plan de conservación y gracias a estos esfuerzos, la población mallorquina de buitres se ha incrementado notablemente. El buitre negro es todo un símbolo de la conservación de nuestra tierra.

Disfrutaremos de un auténtico espectáculo si conseguimos ver cómo un halcón peregrino (*Falco peregrinus*) caza un ave en vuelo lanzándose sobre la presa a una velocidad que puede alcanzar los 320 km /h.

En esta zona nidifica un pequeño halcón del tamaño de una paloma de color rojizo con las partes inferiores de color crema que vira hacia el oscuro: el cernícalo (*Falco tinnunculus*).

Si tenemos suerte, podremos admirar el vuelo del ave más emblemática de la Serra: el buitre negro (*Aegypius monachus*). Es el ave más grande de Europa, con una envergadura de dos metros y medio y un peso que puede llegar a los ocho kilogramos. Hace los nidos con ramas, encima de pinos, muy cerca del mar.

A principios de la década



Cernícalo (Dibujo: Vicenç Sastre)

4. ¿Qué plantas pueden vivir en la cima de nuestras montañas?

Por encima de los 1.100 metros, la comunidad vegetal que encontramos está formada por plantas bajas y diseminadas, con presencia de arbustos compactos que aprovechan todos los lugares donde es posible arraigar. La competencia por el espacio puede ser feroz, y sólo las plantas mejor adaptadas al viento, al frío del invierno, al calor, a los suelos pedregosos y la fuerte radiación del verano, podrán enraizar y sobrevivir. No es extraño que haya una proporción muy elevada de especies endémicas de las Baleares (que no encontraremos en ningún otro lugar del mundo) que han evolucionado a lo largo del tiempo y se han adaptado a las condiciones propias de nuestras montañas.

De este grupo de especies, podemos destacar dos con forma almohadillada espinosa que se conocen popularmente como *coixinets de monja* (almohadones de monja). Son el *eixorba-rates blanc* y el *eixorba-rates negre* (*Teucrium marum* subsp. *occidentale* y *Astragalus balearicus*). Estas dos especies son un ejemplo de convergencia evolutiva, es decir, se parecen externamente pero no son de la misma familia. Esta convergencia evolutiva hacia formas almohadilladas redondeadas espinosas hace que la planta esté más prote



Detalle de *Smilax aspera* subsp. *balearica* (Foto: Gràcia Salas)



Forma redondeada de *Teucrium marum*

(Foto: Gràcia Salas)

de las ramitas. El eixorba-rates negro (*Astragalus balearicus*) es una planta leguminosa, tiene un color verde oscuro y las espinas son el eje central endurecido de las hojas.

gida de los vientos fuertes y de los herbívoros. Podemos comprobar como la zarzaparrilla cuando crece en las cimas (*Smilax aspera* subsp. *balearica*) también adopta esta forma redondeada.

Las dos especies vegetales almohadadas espinosas se diferencian por las flores y por otras características: el eixorba-rates blanc (*Teucrium marum*) es una planta labiada, más blanquecina y las espinas que tiene son formaciones laterales



Detalle de *Astragalus balearicus* (Foto: Gràcia Salas)

5. Recuerdos de los antiguos recolectores de nieve (neveros)

Una vez en la cima, podemos llegar a las ruinas de las *cases de neu* (una instalación utilizada para recolectar y almacenar la nieve que después se comercializaba). El pozo es una sima natural a la que le han añadido las paredes de piedra sin argamasa. Aunque hoy día está recubierto de hiedra, es inevitable recordar el esfuerzo infatigable de los antiguos neveros.



Casa de neu (Foto: Gràcia Salas)

En un tiempo en que no había neveras, la población sacaba provecho de la nieve. Nuestros tatarabuelos aprendieron a guardarla cuidadosamente en los pozos de nieve para utilizarla en usos sanitarios y refrescarse durante los días calurosos de verano.

Nada mejor que las palabras de uno de los últimos neveros para comprender cómo vivían y cuál era su trabajo:

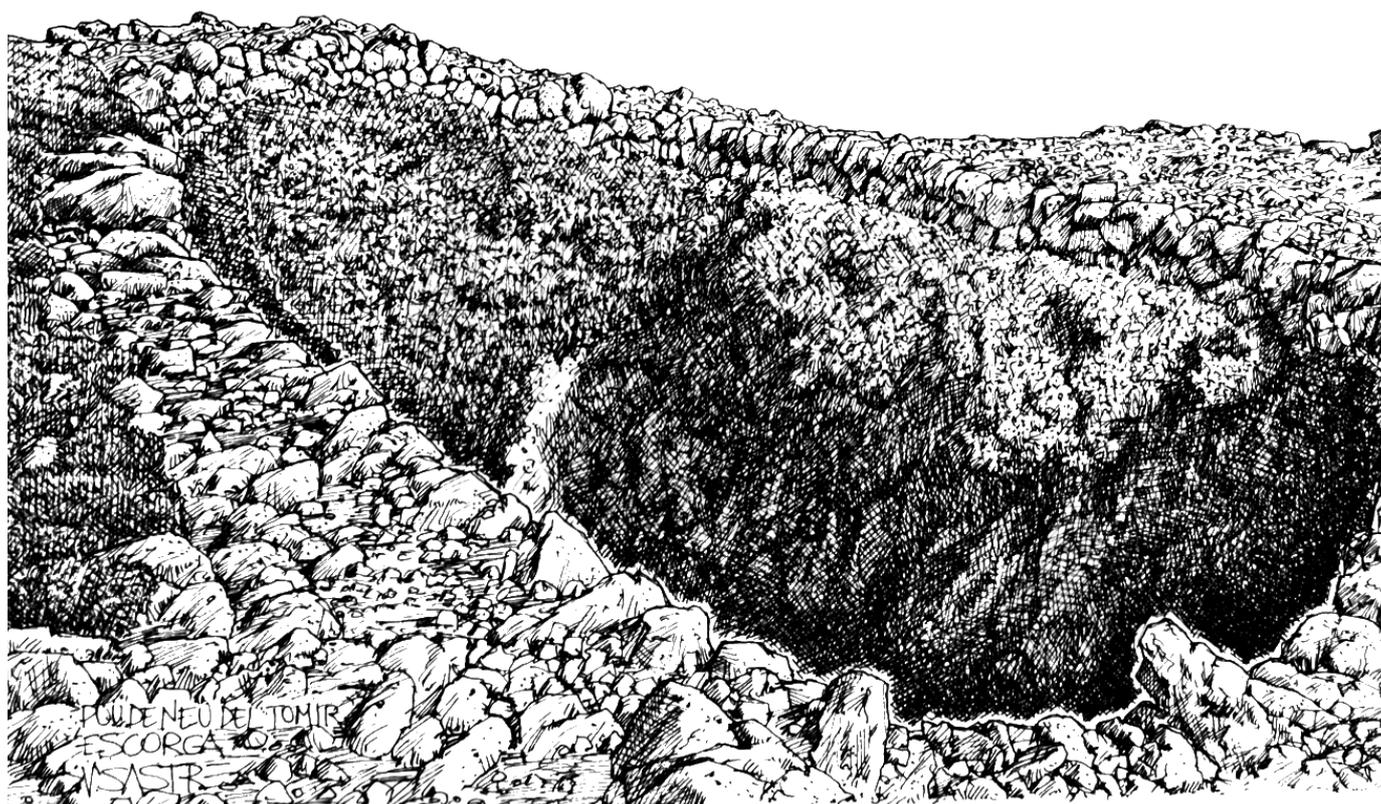
«Al llegar allí, teníamos que construir el hoyo para la nieve, si no estaba hecho de otros años. Solía tener unos 40 palmos de profundidad, unos 25 de ancho y unos 30 de largo. ¡Aunque no lo parezca cabía mucha nieve! En el fondo poníamos una capa de carrizo. Entonces empezábamos a recoger la nieve y la tirábamos dentro del hoyo. Cuando ya había un buen montón, nos metíamos dentro y con palas la repartíamos. Después otros la golpeaban con las mazas y la volvíamos a aplanar. Para ello, todos en fila india, nos poníamos al lado de la pared y uno detrás del otro, dábamos vueltas y más vueltas, cada vez más estrechas, hasta que estábamos en medio. Los que llevaban zapatos iban delante, seguidos de los que llevaban alpargatas. La nieve, con tanto pasar, como podéis comprender, quedaba hecha un bloque. Entonces volvíamos a recoger más nieve y la tirábamos dentro del hoyo y se repetía la función. Una vez que el hoyo estaba lleno, o que no había más nieve, habíamos terminado la tarea ...! [...] Tapábamos el hoyo bien tapado, con ramas y carrizo, para que el agua no se filtrase y entrase en el interior. Y para llevarla a vender hacíamos

unos bloques de unos 50 kilos de nieve, los empaquetábamos con carrizo, y con asnos y carros los repartíamos por Mallorca.»*

*Llabrés Ramis, J.; Vallespir Soler, J. Nuestros artes y oficios de antaño Palma, 1980.

Con estas palabras no es difícil imaginar la vida dura y sacrificada de los neveros con calambres en las manos y los pies por el frío y la cara helada por el viento de tramuntana que se filtraba hasta la médula. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

En el camino de regreso, seguimos a la inversa la misma ruta que hemos hecho durante la ascensión. ¡Hay que ir con cuidado al bajar por los tramos más empinados!



Hoyo de nieve (Dibujo: Vicenç Sastre)

